

La industria cafetera en la economía colombiana

Ha venido hablándose de tiempo atrás, y con mucha insistencia, de los peligros que guarda el monocultivo con alusión directa a nuestra industria cafetera. Si considerada en abstracto, la tesis es irrefutable, trasladarla del terreno teórico al campo de la realización sustitutiva, exige profundo estudio, tenacidad heroica, innumerables ensayos de prueba, espíritu de continuidad en el gobierno para la suprema ejecución de un programa, y una sabia política legislativa de adaptación y método, de franco apoyo a las iniciativas laudables, de energía para luchar y de elasticidad previsoras.

El complejo de una cultura no se realiza jamás si no se forja previamente el eje de alguna industria o grupo de industrias que por su rendimiento halaguen a una población dada, emprendedora, tenaz y laboriosa.

En nuestra América tropical toda cultura va ligada estrechamente a alguna fuerte explotación de los dones visibles o inaparentes del territorio patrimonial particular o colectivo; en una palabra, a la utilización gradual y técnica del propio medio físico.

Como los primitivos núcleos de pobladores fueron exigüos si se les compara con las vastas extensiones colonizables y con la incipiente rutina de los habitantes autóctonos, los primeros aspectos de la explotación del trópico fueron de apropiación devastadora. La energía de conquistadores y colonos europeos, secundada por la mano de obra de los habitantes indígenas y luego por la de colonias africanas, echó los fundamentos de toda la economía anterior a la constitución independiente de los Estados que, al surgir, hallaron ya fundada una cultura, buena o mala, de que arrancan las nuevas.

En torno de cada industria próspera fue cristalizando la riqueza pública, y con ella el mejoramiento colectivo en todos los órdenes; de suerte que las culturas en nues-

tros países pueden enunciarse en orden cronológico por las industrias-madres que les dieron origen.

En ningún país de América, como en el Brasil, podría encontrarse una estratificación más regular de industrias que corresponden a otras tantas etapas de su progreso, dueñas de peculiaridades características. El sociólogo Alfonso Arinos enumera cinco ciclos de civilización brasileña: 1º, la era precolonial, o del "palo-brasil"; 2º, la civilización del "azúcar"; 3º la civilización del "cuero" (creación del ganado); 4º la civilización de las "minas"; 5º la civilización del "café".

Cada uno de esos ciclos económicos ha recorrido el inevitable proceso del establecimiento, el crecimiento hasta el punto máximo de elevación, el período estacionario y el de decadencia. Para el café brasileiro comenzó ya esta fase.

No se deduce de lo expuesto que cada industria naciente destruya del todo la anterior; puede subsistir ésta, pero buscando, hasta encontrarlo, el nivel que le fije la competencia extraña que le arrebató la hegemonía, y la hizo adaptarse a un coordinado movimiento de relación cuya fuerza impulsora se situó en otra parte. Antes de estabilizarse la vida colonial brasileña y con ella el cultivo costanero de la caña de azúcar y el tabaco, arribaban por centenares barcos de todas procedencias a cargarse en sus puertos, de "palo-brasil" (que dio el nombre al país); hoy sólo exporta ya unos setenta mil kilos por año, dentro de un total de cien millones de kilos que se distribuyen entre otras maderas; y sin embargo, la leguminosa epónima tuvo en su tiempo una importancia comercial inexpressable. Colombia misma contribuyó en modestísima parte a limitar ese comercio, con su "Coesalpinie echinata", planta congénere de la brasileña, y con el "Palo de Tierra Firme" (otra "Caesalpinie", que se exportaban por Santa Marta).

De Colombia no puede afirmarse que haya tenido en tan grande escala similares industrias hasta convertirse en árbitro de ellas, como lo fuera el Brasil en el cultivo de la caña de azúcar por más de dos siglos, y en la actualidad, en el del café.

Si exceptuamos las esmeraldas, y el platino, cuyo monopolio partimos con Rusia, nuestra hegemonía es modestamente relativa, en punto a café, porque el Brasil, con su producción oceánica empuja cuantitativamente las

restantes. Si en lo internacional no hemos tenido, fuera de ésta, una industria representativa de la mayor parte del país, nuestras culturas típicas sí se han localizado en los diversos sectores que señoreó cada industria. Puede seguirse un proceso cultural en los centros específicamente mineros de Antioquia, del viejo Cauca y del Chocó, que dio a estas comarcas aspectos propios y determinativos. La cultura ganadera imprimió a su vez al Valle del Cauca, al Huila, a Cundinamarca, a Boyacá, a Bolívar, a los grandes llanos, signos culturales inconfundibles. La agricultura tradicional se ha mantenido con ardor y perseverancia en Nariño, Valle y en todo el norte del país. La costa Atlántica nunca mostró apego a la tierra, por su situación geográfica que la provee del exterior fácilmente. El banano magdalenense es de reciente data.

Otro tanto puede afirmarse de nuestras costa del Pacífico. Y sin embargo, la seguridad y el porvenir de Colombia están ligados a una sabia explotación de su suelo!

Poblado el Brasil por una nación que entonces no alcanzaba a dos millones de hombres que debían colonizar también en Africa, en Asia y en remotas tierras del Pacífico, comprendió desde el principio que su porvenir estaba en el cultivo de la tierra, y sembró caña de azúcar y tabaco, en proporciones enormes, a la orilla del mar. Tres siglos corrieron delante de nosotros antes de decidirmos a hacer un tímido ensayo con el azúcar, arrojándolo a los dos océanos. Sólo que hemos llegado tarde! El engañoso espejismo de al minería y del bien oculto, nos ha retenido larguísimo tiempo y hemos dado al olvido esos otros opacos minerales, más preciosos que los más preciosos que entran en la formación de cada planta. Sólo el cultivo del café, está creando una cultura nacional que resplandece ya, como las del pasado, en algunos grandes centros productores. A su lado y bajo su influjo prosperan, surgen, crecen, varias industrias colaterales, más numerosas y extendidas que las que acompañan siempre la explotación de minerales.

Hoy por hoy no contamos con una industria que en volumen pueda equipararse a la del café, y ese es precisamente el mayor peligro que amenaza.

A medida que una industria prospera y sale de su país a competir en el mercado abierto de los pueblos, crecen para ella los riesgos que apareja la concurrencia en la que radica por lo común la causa del decaer de los grandes

competidores cuyo daño guarda relación con la potencia productora y defensiva de sus rivales. El cultivo colonial de caña por Inglaterra y Francia, a mediados del siglo XVIII y la utilización de la remolacha en tiempos de Napoleón, derrumbaron la hegemonía brasilera en el comercio de azúcar, ejercido sin competencia comercial durante dos siglos y medio. La explotación de nuestras "quinas" brilló y pasó como una llamarada. De Colombia condujo Inglaterra semillas y arbolillos para plantar en sus colonias. De Pitayó transportó almácigos de la "Cinchona pitajensis" que desde las Indias inglesas ayudó a despojarnos, algunos años adelante, en una traidora competencia.

¿Y qué decir del caucho? La historia de este producto es grandiosa y terrible como la de un sátrapa antiguo. El Brasil daba al mundo toda la goma que se le pedía. Bellísimas ciudades están pregonando el poderío de ese auroborio cuyo tronco vertió oro teñido en sangre humana (que fue de la nuestra muchas veces). Hacia 1876 se plantó el "hevea brasiliensis" en los jardines botánicos ingleses de Kew, y en 1881 en la India y en Ceilán. De allí pasó a Birmania, a Malaca, a las Islas Fidji, a otros archipiélagos del Océano Indico, a Indochina, a Africa, etc. Ya en 1911 Inglaterra ofrecía en pública subasta desde Londres, nueve mil setecientas toneladas de sus nuevas plantaciones coloniales. El Brasil exportó en 1932 sólo ocho mil novecientas noventa y dos para el consumo mundial de cien mil toneladas. Un Congreso reciente de países productores ha limitado ya la oferta del precioso látex.

El caucho colombiano se ha evaporado; nuestro añil murió al nacer, víctima de sus parientas, las anilinas de laboratorio; lo mató el sabio Chevreuil!

Basta lo dicho para acentuar que el éxito de un producto comercial agrícola vive sujeto a múltiples eventos fuera de la ley inexorable de oferta y demanda. Hay que anotar las plagas, influencias climatéricas, meteoros, guerras interiores y exteriores, orientación gubernativa, criterio del legislador, régimen bancario, vialidad, estadística, salarios, política social, etc., sin mencionar una rigurosa técnica que debe presidir en todas las fases de la industria. De este complejo emana la ventura del negocio, que ni aun con ella puede considerar asegurado el porvenir. La excelencia del artículo garantiza hasta cierto punto su consumo, siempre que se sostenga determinado volumen en la oferta similar, pero si ésta se ensancha dentro

de una idéntica calidad, dirá la última palabra quien posea capacidad para apurar la competencia, y hoy no debe olvidarse que los grandes países imperialistas tienen agarrada la mayor parte del mundo tropical, y con los bajos jornales de que disponen en sus pobladísimas y hambreadas colonias, la competencia resulta irresistible. Es difícil saber cuándo un país ha tocado el límite de seguridad para tal o cual producto. Cualquier concepto al respecto se funda en hipótesis. Directamente y con relativa aproximación no puede augurarse nada. ¿Quién logra saber hasta dónde llegará la codicia de un poderoso que quiera competir? Sería cosa de escribirse el apólogo en que la caña de azúcar, el caucho, la quina, el oro, el diamante y el petróleo, dialoguen con el leopardo inglés, con el gallo de Francia y con el águila de nuestro insaciable Tío!

Si es difícil descifrar incógnitas del porvenir, no lo es un examen detenido, concienzudo y severo del presente que nos atañe.

Toda vez que el futuro del café, vaya un ejemplo, no depende totalmente de nosotros, antes está sujeto a factores extraños que pueden causar su pérdida, debemos justipreciarlo según la relación que guarda con el recto de nuestra capacidad productora y exportadora, efectuando ese cotejo, renglón por renglón, y aplicando cada uno el criterio peculiar y técnico con que debe ser considerado. Qué significaría la caída de esa industria en nuestra balanza comercial, es cuestión básica a que debe responderse. Para un fatal evento, debe saberse ya cuál o cuáles van a ser los sustitutos de nuestra industria principal. El Brasil ha ido buscando, aun en medio del florecimiento de sus grandes exportaciones agrícolas, los sucesores del café. Es preciso estimar asimismo qué significa nuestra aludida industria en el régimen económico interno del país y cuáles otras sufrirían menoscabo, el grado de éste y sus posibles remedios en caso de un colapso definitivo. El Brasil ha podido salir de esas tremendas crisis por el acervo inagotable, variado y en algunos renglones único, de su riquezas naturales cuya primera virtud es la cantidad. Puede asegurarse que ese país produce casi todas las cosas que existen en el resto del planeta, y algunas más de que es él afortunado, exclusivo propietario, y las posee o puede obtenerlas en cantidad inagotable ya que su área territorial, según cálculos respetables, podría mantener cómodamente

novecientos millones de hombres! Su caso no es el nuestro. Aunque poseamos climas semejantes, el factor extensión será siempre decisivo, y aun cuando bajo la denominación de Hoya amazónica se comprenden algunos territorios nuestros, debe recordarse que hay Amazonias de Amazonias.

La "castaña del Pará", no existe, comercialmente hablando, sino en dos Estados contiguos a la desembocadura del gran río. Se concibe la explotación de la palma "babazú" allá donde, sólo en en el Estado de Piauí, existen cuatrocientos millones de esos árboles sembrados por la naturaleza. La "carnaúba" produce una maravillosa cera que no han podido imitar los más hábiles laboratorios, y sólo rinde ese exudado en determinadas y precisas condiciones, exclusivas de ciertos lugares de la inmensa selva amazónica. En Argentina y Bolivia existe la misma palma, pero no brinda su codiciado tributo que es una defensa del árbol contra el clima, por falta del apropiado ambiente. Y así podríamos prolongar la enumeración de productos raros que acrecen grandemente la potencialidad económica del Brasil y su capacidad exportadora. He mencionado al acaso estas tres plantas por haber venido oyendo recomendar su cultivo en Colombia, lo que revela ligereza en su estudio. La "berthoetia excelsa" o "castaña del Pará", necesita de un clima muy ardiente y muy húmedo como el del más bajo Amazonas. Quizás en el del Congo prosperase. El tiempo es ya muy corto para ponernos a sembrar "babazú" ("orbignia speciosa") y en cuanto a la "carnaúba" (copernicia cerifera) queda dicho en qué se funda su rareza. En el jardín botánico de Trinidad vimos una "berthoetia excelsa" que a pesar del cuidado inglés no parece ni prójima de aquel hermoso gigante (que no es una palmera).

Vano cálculo sería apreciar la situación comparando nuestros trescientos millones de cafetos con los tres billones del Brasil, para consolarnos con la distancia a que estamos ahora de los hornos crematorios de Sao Paulo. El costo actual de producción no consiente al Brasil la rebaja de precio a su producto, sin sacrificar muchos millares de recientes plantadores. Este hecho nos está defendiendo. Si salta esa compuerta, nuestra situación será distinta por lo que nos cuesta producir y transportar, y porque nuestro artículo bajaría proporcionalmente al del Brasil guar-

dando quizás la distancia de calidad entre ambos granos. De lo dicho se infiere que puede ser peligroso y nada aconsejable continuar extendiendo, a tontas y a locas, el cultivo del cafeto entre nosotros, sin limitación alguna. Ya se ha visto el peligro que corren los frutos tropicales cuando se sientan a la mesa redonda de la concurrencia mercantil universal.

Tiempo es ya de pensar en pedirle a la tierra otros frutos sustitutivos de segura aceptación comercial. Mientras más variados sean, crecerá el coeficiente de nuestra seguridad venidera. La extracción de metales preciosos no parece muy estable y está expuesta a muchas contingencias; parece de provecho la de muchos otros minerales útiles, de consumo indefinido.

Primeramente debemos preocuparnos por producir todo aquellos que importamos, pudiendo procurárnoslo. El arancel aduanero nos está convidando a llenar ciertos vacíos que hoy colman los extraños por la deficiencia nuestra. La estadística nos advierte hasta dónde es prudente llevar los esfuerzos creadores. Enunciar ésto es muy sencillo, pero muy arduo ponerlo en planta. Para eso es menester un gran esfuerzo colectivo al que debe preceder y presidir luégo la técnica más rigurosa, ya cuando las ciencias precursoras hayan dado sus fórmulas definitivas. Para apreciar una industria sirve enormemente el estudio comparativo, "in loco", de los ensayos hechos en las diversas regiones del país, los que pueden efectuarse nuevamente siguiendo métodos estrictamente científicos. Aun cuando el empirismo acierte, será bueno saber siempre cómo se efectúa cada proceso experimental, para poder así conjurar peligros y corregir errores. No basta poseer un conocimiento teórico ni conocer ampliamente lo que sucede o se hace en otros países. Todo problema de esta índole debe resolverse con los datos que suministra el medio. La ajena experimentación puede servir de auxiliar poderoso, mas poco vale sin la visión directa del caso que se estudia, sin su verificación concienzuda. Hay que saber la geografía de las plantas, su hábitculo y las peculiaridades de la región donde prosperan. A veces la topografía es factor decisivo, entre el complejo de temperatura, altitud, vientos, luz solar, estado higrométrico del aire, humedad del suelo, comunicaciones para los intercambios.

No basta saber en qué zona y a qué altura se produce

trigo para proponer que se cultive. Aquí, como en la fórmula jurídica, "locus regit actus". En la región de San Isidro, aledaña de Popayán, vimos perderse siembras sucesivas debido acaso al estado habitual brumoso de la atmósfera que no concedió al trigo los días de sol necesarios para que pudiese granar. Hace muchos años ocurrió en Rusia el mismo caso, en escala inmensamente mayor y con muy graves pérdidas para quienes sembraron en una zona que pareció muy bien estudiada en todos los puntos, menos en uno que ocasionó el desastre.

Puede contarse a veces con todos los requisitos del suelo y del ambiente y ser la topografía la que ofrece el obstáculo. En muchísimos lugares de nuestras cordilleras se produce buen trigo, y aun los cultivan sus moradores, mas como éstos no computan su trabajo personal ni el de sus familiares, no padecen del desánimo que les produciría hacer números. A tiempo de acollar, de "paliar", como ellos dicen, lo efectúan a mano con cada mata, y como las tierras de acá en que el cereal prospera son quebradas y pendientes, la maquinaria no puede intervenir y ésto limita e inhibe del cultivo en grande escala para producir a bajo precio. Sólo en los altiplanos extensos y casi nivelados (Sabana de Bogotá, de Túquerres, campos boyacenses, etc.), sería posible la producción copiosa de cereales.

Oímos a menudo recomendar el cultivo del cacao, tan floreciente en otro tiempo. Dícese que las plagas acabaron con él en ciertas regiones, pero no se enumera entre ellas la del "potrerismo" que al abatir los grandes bosques que mantienen la humedad del aire indispensable a la lozana fructificación del teobroma, acabaron casi con éste, y hoy sólo sobrevive en las regiones próximas a la vasta selva intacta, como Puerto Tejada y Roldanillo, para citar lugares próximos. Cuando un elemento esencial llega a fatarle a cualquier organismo viviente, degenera y sucumbe en más o menos tiempo, y su desadaptación se hace visible en la facilidad con que adquiere las enfermedades, que deben atacarse después de rastrear hasta el fondo su verdadero origen. El olgodón no es menos exigente. Como agota pronto los terrenos, los fertilizantes deben ser suministrados con mano larga. Tampoco es suficiente, si se trata de llevar este producto al exterior, atenerse sólo a la calidad e inmunidad de las semillas para resolver el problema en conjunto. Puede ser perjudicial tener la fortuna de lle-

gar a producir el mejor algodón conocido, lo mismo que conseguirlo de un tipo inferior al que fija el límite de la aceptación comercial. Egipto produce un algodón sin par: el mejor del mundo. Su cosecha anual llega a un millón trescientos mil fardos, de los cuales coloca fácilmente hasta seiscientos mil y lucha con la superproducción del resto; todo porque la excelencia de la fibra, que pasa de treinta milímetros, tiene un consumo limitado a cierta clase de tejidos en fábricas especializadas.

La India, en cambio, con cuatro millones quinientas mil pacas, lucha por colocar el que le sobra, porque la fibra de ese algodón es demasiado corta. El tipo "standard" inglés hoy es de veintiséis a treinta y dos milímetros, y es fuerza mantener la producción dentro de ese canon.

Piensan otros que debe intensificarse el mercado de frutas para ofrecerlas al extranjero, y discurren así: el Brasil vende a la Gran Bretaña millón y medio de cajas de naranjas por año, ¿por qué no le vendemos también nosotros? Razones muy hondas de conveniencia debe tener Inglaterra para proveerse de tan lejos y no recibir de las naciones mediterráneas próximas todas las naranjas que consume. Es probable exista de por medio algún pacto conmutativo de artículos, que origine aquel raro intercambio, el que bien puede no estar al alcance de todos sin las prestaciones recíprocas.

Hemos querido acentuar la seriedad de estos problemas, por ser la hora de meditar en ellos. Cuanto se gaste, "bien gastado", en impulsar la agronomía, en crear un gran instituto de investigación nacional dotado de verdaderos científicos y del material necesario, será la mejor inversión que darse pueda a los dineros públicos. Necesitamos ciencia propia e investigación propia. Hay que reorganizar la expedición botánica del sapientísimo Mutis para que complete el inventario de nuestras posibilidades actuales para la explotación de productos agrícolas. El ciclo del café pasará, y ojalá muy tarde, como los ciclos anteriores, y para esa eventualidad debemos prepararnos a espacio. El problema es muy serio, sus soluciones complejas, y por eso debe comenzarse sin esperar una gran cruzada nacional sabia, metódica, perseverante y resuelta. En la época que alcanzamos, los sucesos se atropellan porque la velocidad es su ley. El mundo parece abocado a un conflicto de proporciones insospechadas en el que sólo sobrevivirá el

pueblo que pueda bastarse a sí propio. El vulcanismo político de Europa lo presagia.

Que nos enseñen nuestros hombres de ciencia —que sí los tenemos—, para qué sirven realmente estas tierras de clima medio, pero después de estudiarlas con sus propios ojos por sus diferentes aspectos.

No olvidemos, para concluir, estas sentencias de Maquiavelo:

"De gastar demasiado resultan los gravámenes y de los gravámenes, las querellas".

"Los pueblos son ricos cuando viven como pobres y en ellos nadie se preocupa de lo que le "falta" sino de lo que "necesita".

"Los pueblos son ricos cuando de ellos no sale el dinero y viven adaptados a aquello que el país produce, y cuando en él entra el dinero de quien compre lo que produce manualmente para llevarlo a los países desprovistos".

GUILLERMO VALENCIA

